

el año de 1509, en que murió también de enfermedad natural. Celebráronse sus exequias con la magnificencia correspondiente al esplendor de su nacimiento, con asistencia del rey su hermano y de toda la nobleza de ambas naciones. Su cadáver fué sepultado en una cueva ó gruta subterránea, que estaba en los jardines del mismo palacio, próxima á un estanque en que aquella señora solía bañarse, y la entrada se cerró con una piedra de poco peso. El día siguiente, una muchacha de cinco á seis años, que vivía en el palacio, tuvo el capricho de ir desde la habitación de su madre á la del mayordomo de la difunta, que estaba más allá del jardín: al pasar por el estanque, vió á la princesa sentada en los escalones de éste, y oyó que la llamaba con la palabra *cocoton*, de la que se sirven en aquel país para llamar y acariciar á los niños. La muchacha, que por su edad no era capaz de reflexionar en la muerte de la princesa, y pareciéndole que ésta iba á bañarse, como lo tenía de costumbre, se acercó sin recelo, y la princesa le dijo que fuese á llamar á la mujer del mayordomo. Obedeció en efecto; mas esta mujer, sonriendo y haciéndole cariños, le dijo: "Hija mía, Papantzin ha muerto, y ayer la hemos enterrado." Mas como la muchacha insistía, y aun la tiraba del trage, que allí llaman *huepilli*, ella, más por complacerla que por creer lo que le decía, la siguió al sitio á que la condujo; y apenas llegó á presencia de aquella señora, cayó al suelo horrorizada y sin conocimiento. La muchacha avisó á su madre, y ésta, con otras dos mujeres, acudieron á socorrer á la del mayordomo; mas al ver á la princesa, quedaron tan despavoridas, que también se hubieran desmayado si ella misma no les hubiera dado ánimo, asegurándoles que estaba viva. Mandó por ellas llamar al mayordomo, y le encargó que fuese á dar noticia de lo ocurrido al rey su hermano; pero él no se atrevió á obedecerla, porque temió que el rey no diese crédito á su noticia, y sin examinarla, lo castigase con su acostumbrada severidad. "Id, pues, á Tezcoco, le dijo la princesa, y rogad en mi nombre al rey Nezahualpilli que venga á verme." Obedeció el mayordomo, y el rey no tardó en presentarse. A la sazón, la reina había entrado en uno de los aposentos de palacio. Saludóla el rey lleno de temor, y ella le rogó que pasase á México, y dijese al rey su hermano que estaba viva, y que necesitaba verlo para descubrirle algunas cosas de suma importancia. Desempeñó Nezahualpilli su comision, y Moteuczoma apenas podía creer lo que estaba oyendo. Sin embargo, por no faltar al respeto debido á su aliado, fue con él y con muchos nobles mexicanos á Tlatelolco, y entrando en la sala donde estaba la princesa, le preguntó si era su hermana. "Yo soy, señor, respondió ella, vuestra hermana Papantzin, la misma que habeis enterrado ayer: estoy viva en verdad, y quiero manifestaros lo que he visto, porque os importa." Dicho esto, se sentaron los dos reyes, quedando todos los demás en pié, maravillados de lo que veían.

Entonces la princesa volvió á tomar la palabra, y dijo: "Después que perdí la vida, ó si esto os parece imposible, después que quedé privada de sentido y movimiento, me hallé de pronto en una vasta llanura, á la cual por ninguna parte se descubría término. En medio observé un camino, que se dividía en varios senderos, y por un lado corría un gran río cuyas aguas hacían un ruido espantoso. Queriendo echarme á él, para pasar á nado á la orilla opuesta, se presentó á mis ojos un hermoso jóven, de gallarda estatura, vestido con un ropaje largo, blanco como la nieve y resplandeciente como el sol. Tenía dos alas de hermosas plumas y llevaba esta señal en la frente (al decir esto la princesa hizo con los dedos la señal de la cruz), y tomándome por la mano, me dijo:

"Detente: aun no es tiempo de pasar este río. Dios te ama, aunque tú no lo conoces."—De allí me condujo por las orillas del río, en las que ví muchos cráneos y huesos humanos, y oí gemidos tan lastimeros, que me movieron á compasión. Volviendo después los ojos al río, ví en él unos barcos grandes y en ellos muchos hombres, diferentes de los de estos países en trage y color. Eran blancos y barbudos, tenían estandartes en las manos y yelmos en la cabeza. "Dios, me dijo entonces el jóven, quiere que vivas á fin de que des testimonio de las revoluciones que van á sobrevenir en estos países. Los clamores que has oído en estas márgenes, son de las almas de tus antepasados, que viven y vivirán siempre atormentados en castigo de sus culpas. Esos hombres que ves venir en los barcos, son los que con las armas se harán dueños de estas regiones, y con ellos vendrá también la noticia del verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra. Cuando se haya acabado la guerra y promulgado el baño que lava los pecados, tú serás la primera que lo reciba y guíe con su ejemplo á todos los habitantes de estos países."—Dicho esto desapareció el jóven, y yo me encontré restituida á la vida: me alcé del sitio en que yacía, levanté la lápida del sepulcro y salí al jardín, donde me encontraron mis domésticos."

Atónito quedó Moteuczoma al oír estos pormenores; turbada su mente con los más tristes pensamientos, se levantó y se dirigió á un palacio que tenía para los tiempos de luto, sin hablar á su hermana, ni al rey de Texcoco, ni á ningún otro de los que lo acompañaban, aunque algunos aduladores, para tranquilizarlo, procuraron persuadirle que la enfermedad que había padecido la princesa, le había trastornado el sentido. No quiso volver á verla, por no afligirse de nuevo con los melancólicos presagios de la ruina de su imperio. La princesa vivió muchos años después, enteramente consagrada al retiro y á la abstinencia. Fue la primera que en el año de 1524 recibió en Tlatelolco el sagrado bautismo, y se llamó desde entonces *Doña María Papantzin*. En los años que sobrevivió á su regeneración, fué un perfecto modelo de virtudes cristianas, y su muerte correspondió á su vida y á su maravillosa vocación al cristianismo.

FENOMENOS NOTABLES.

Además de este memorable suceso, ocurrió en 1510 el repentino y violento incendio de las torres del templo mayor de México, en una noche serena, sin haberse podido jamás averiguar su causa; y el año anterior se habían agitado de pronto y con tanta violencia las aguas del lago, que arruinaron las casas de la ciudad, sin haber habido viento, terremoto, ni otra causa natural á que se pudiera atribuir aquel extraño acaecimiento. También se dice que en 1511 se vieron en el aire hombres armados, que combatían entre sí y se mataban. Estos y otros fenómenos referidos por Acosta, Torquemada y otros escritores, se hallan exactamente descritos en las historias mexicanas y acolhuas. No es inverosímil que habiendo Dios anunciado con varios prodigios la pérdida de algunas ciudades, como consta por la Sagrada Escritura y por el testimonio de Josefo, de Eusebio de Cesarea, de Orosio y de otros escritores, quisiese también usar de la misma providencia con respecto al trastorno general de un mundo entero, que es sin duda el suceso más grande y extraordinario de cuantos encierra la historia profana.

ERECCION DE UN NUEVO ALTAR PARA LOS SACRIFICIOS
Y NUEVAS EXPEDICIONES DE LOS MEXICANOS.

La consternacion que estos presagios inspiraron á Moteuczoma, no lo distrajo de sus proyectos belicosos. Muchas fueron las expediciones emprendidas por sus ejércitos en el año de 1508, especialmente contra los Tlaxcaltecas, los Huexotzingos, los Atlixqueses y los habitantes de Xepatepec y de Malinaltepec. En ellas hicieron más de cinco mil prisioneros, que despues fueron sacrificados en la capital. En 1509 hizo el rey la guerra á los de Xochitepec, que se le habian rebelado. El año siguiente, pareciendo á Moteuczoma demasiado pequeño el altar de los sacrificios y poco correspondiente á la magnificencia del templo, mandó buscar una piedra de desmesurada grandeza, la cual fué hallada en las inmediaciones de Coyoacan. Despues de haberla hecho pulir y labrar primorosamente, mandó que se llevase con gran solemnidad á México. Concurrió un gentío inmenso á tirar de ella; pero al pasar por un puente de madera que habia sobre un canal, á la entrada de la ciudad, con el enorme peso de la piedra se rompieron las vigas y cayó al agua, arrastrando consigo algunas personas, y entre ellas el sumo sacerdote que la iba incensando. Mucho sentimiento causó al rey y al pueblo esta desgracia; pero sin abandonar la empresa, sacaron la piedra del agua con extraordinaria fatiga, y la llevaron al templo, donde fué dedicada con el sacrificio de todos los prisioneros que se habian reservado para aquella gran fiesta, la cual fué una de las más solemnes celebrada por los Mexicanos. Para ella convocó el rey á los principales individuos de la nobleza de todo el reino, y gastó grandes tesoros en los regalos que hizo á nobles y plebeyos. Aquel mismo año se celebró tambien la dedicacion del templo *Tlamatzinco* y del de Cuaxicalco, de que despues hablaremos. Las víctimas sacrificadas en estas dos ceremonias, fueron, segun los historiadores, doce mil doscientas diez.

Para suministrar tan gran número de infelices, era necesario hacer continuamente la guerra. En 1511 se rebelaron los Xopes y quisieron asesinar á toda la guarnicion mexicana de Tlacotepec; pero descubierto prematuramente su designio, fueron castigados, y doscientos de ellos conducidos prisioneros á la capital. En 1512 marchó un ejército de Mexicanos hácia el Norte, contra los Quetzalapanecas, y con pérdida de solo noventa y cinco hombres, hicieron mil trescientos treinta y dos prisioneros, que fueron tambien llevados á México. Con estas y otras conquistas hechas en los tres años siguientes, llegó el imperio mexicano á su mayor amplitud, cinco ó seis años ántes de su ruina, á la que contribuyeron en gran parte aquellos rápidos triunfos. Cada provincia, cada pueblo conquistado era un nuevo enemigo, que sufriendo con impaciencia el yugo á que no estaba acostumbrado, é irritado contra la violencia de los conquistadores, solo esperaba una buena ocasion para vengarse y recobrar la libertad perdida. La felicidad de un reino no consiste en la extension de dominios, ni en la multitud de vasallos; ántes bien, nunca se aproxima tanto á su ruina, como cuando por su desmesurada extension, no puede mantener la union necesaria entre sus partes, ni aquel vigor que se necesita para resistir á la muchedumbre de sus enemigos.

MUERTE Y ELOGIO DEL REY NEZAHUALPILLI.

No contribuyeron ménos á la ruina del imperio mexicano las revoluciones que en aquel mismo tiempo ocurrieron en el reino de Acolhuacan, ocasionadas por la muerte de Nezahualpilli. Aquel célebre monarca, despues de haber ocupado el trono cuarenta y cinco años, ó cansado del gobierno, ó consternado por los funestos presagios de que habia sido testigo, dejó el mando á dos príncipes reales, y se retiró á su casa de campo en Tezcotzinco, llevando consigo á su favorita Xocotzin y á unos pocos servidores; dando orden á sus hijos que no saliesen de la corte, sino que en ella aguardasen sus ulteriores disposiciones. En los seis meses que pasó en aquel retiro, se divertia frecuentemente en el ejercicio de la caza, y empleaba la noche en la observacion de las estrellas, para lo que habia mandado construir en la azotea de su palacio un pequeño observatorio, que se conservó hasta el siglo siguiente y fué visto por algunos historiadores españoles que de él hacen mencion. Allí, no solo observaba el movimiento y el curso de los astros, sino que conferenciaba con algunos inteligentes en astronomía; estudio muy apreciado siempre en aquellos pueblos y al cual se dedicaron muchos, estimulados por el ejemplo de aquel gran rey y de su sucesor.

Despues de seis meses de esta vida privada, volvió á la corte, mandó á su querida Xocotzin que se retirase con sus hijos al palacio llamado Tecpilpan, y él se encerró en el de su ordinaria residencia, sin dejarse ver sino de alguno de sus confidentes, con designio de ocultar su muerte, á imitacion de su padre. En efecto, nunca se supo nada acerca de la época ni de las otras circunstancias de aquel suceso: solo que ocurrió en 1516, y que poco ántes de morir, mandó á sus confidentes que quemasen secretamente su cadáver. De sus results, el vulgo, y no pocos de la nobleza, creyeron que no habia muerto, sino que habia ido al reino de Amaquemecan, donde tuvieron origen sus antepasados, como muchas veces lo habia anunciado.

Las opiniones religiosas de aquel monarca, fueron en todo conformes á las de su padre. Despreciaba interiormente el culto de los ídolos, aunque en lo exterior seguia las prácticas comunes. Imitó tambien á su padre en el celo por las leyes y en la severidad de su justicia; de lo que dió un raro ejemplo en los últimos años de su vida. Habia una ley que prohibia bajo la pena de muerte decir palabras indecentes en el real palacio. Violó esta ley uno de los príncipes sus hijos, llamado Huexotzincatzin, que era justamente el que más amaba, tanto por su índole y por las virtudes que descubria en su juventud, como por ser el mayor de los que tuvo de su favorita Xocotzin; pero las palabras del príncipe habian sido más bien efecto de inconsideracion juvenil, que de perverso designio. Súpolo el rey por una de sus concubinas, á quien se habian repetido aquellas expresiones. Preguntóle si habia ocurrido el lance en presencia de otras personas; y sabiendo que habia sido en presencia de los ayos del príncipe, se retiró á un aposento de palacio, destinado para las épocas de luto. Hizo comparecer allí á los ayos para examinarlos. Ellos, temerosos de ser severamente castigados si ocultaban la verdad, la confesaron claramente; mas al mismo tiempo procuraron excusar al príncipe, diciendo que ni sabia con quién hablaba ni las expresiones habian sido obscenas. Pero en despecho de sus representaciones, mandó inmediatamente que se prendiese al príncipe, y el mismo día pronunció su sentencia de muerte.

Consternóse toda la corte al saber tan rigorosa disposicion: la nobleza intercedió con lágrimas y ruegos: la madre del príncipe, confiada en el gran amor que el rey le profesaba, se le presentó llorosa, y para moverlo más á compasion, llevó consigo á sus otros hijos; pero ni razones, ni plegarias, ni sollozos bastaron á disuadir al monarca. "Mi hijo, decia, ha violado la ley: si lo perdono, se dirá que las leyes no son para todos. Sepan, pues, mis súbditos que á ninguno de ellos será pedonada la trasgresion, pues que la castigo en el hijo que más amo." La reina, traspasada de dolor, y perdida toda esperanza de ablandar al rey, "ya que por tan ligera causa, le dijo, arrojais de vuestro corazon todos los sentimientos de padre y de esposo, y quereis ser el verdugo de vuestro hijo, consumad la obra: dadme la muerte, y á estos príncipes que os he dado." El rey entónces, con grave aspecto, le mandó que se retirase, puesto que ya no habia remedio. Fué la reina desconsolada á su aposento, y allí, en compañía de algunas señoras que fueron á visitarla, se abandonó á todo el exceso de su dolor. Entre tanto, los que estaban encargados del suplicio del príncipe, lo iban difiriendo, para dar tiempo á que entibiado el celo por la justicia, diese lugar al amor paterno y á la clemencia; pero penetrando su intencion el rey, mandó que se ejecutase la sentencia sin pérdida de tiempo, como se verificó, con general descontento de los pueblos y con gravísimo disgusto del rey Moteuczoma, no solo por su parentesco con el príncipe, sino tambien por el desprecio con que el rey habia mirado su interposicion. Muerto el príncipe, se encerró su padre por espacio de cuarenta dias en una sala, sin dejarse ver de nadie, para entregarse sin estorbo á su pesadumbre, y mandó tapiar las puertas de la habitacion del príncipe, para apartar de sus ojos cuanto fuese parte á recordarle tamaña desventura.

Esta severidad en el castigo de los culpables, estaba contrapesada por la compasion que le inspiraban los males de sus súbditos. Habia en su palacio una ventana que daba á la plaza del mercado y estaba cubierta con una celosía, desde la cual miraba, sin que nadie lo observase, todo lo que allí ocurría: cuando notaba alguna mujer mal vestida, la mandaba llamar, se informaba de su vida y de sus necesidades, y la proveia de todo lo necesario para ella y para sus hijos, si los tenia. Daba todos los dias limosnas en su palacio á los huérfanos y á los enfermos. Habia en Tezcoco un hospital para todos los que se habian inutilizado en la guerra: allí, á expensas del rey se mantenian, segun la condicion de cada cual, y muchas veces él mismo los visitaba. De este modo gastaba gran parte de sus rentas.

Su ingenio ha sido muy celebrado por los historiadores de aquel país. Propúsose imitar en sus estudios y en su conducta, el ejemplo de su padre, y en efecto, le fué muy semejante. Con él se puede decir que acabó la gloria de los reyes chichimecas, pues la discordia que estalló entre sus hijos, disminuyó el esplendor de la corte, debilitó las fuerzas del Estado y lo dispuso á su última ruina. No declaró Nezahualpilli quién debia sucederle en la corona, como habian hecho sus antecesores; mas ignoramos el motivo de este descuido, que fué tan pernicioso al reino de Acolhuacan.

REVOLUCIONES DEL REINO DE ACOLHUACAN.

Cuando el consejo supremo del rey estuvo seguro de su muerte, se creyó obligado á elegir un sucesor, á ejemplo de los Mexicanos. Reuniéronse, pues,

sus miembros para deliberar sobre un asunto de tanta importancia, y empezando á discurrir el más anciano y condecorado, representó los gravísimos perjuicios que podrian sobrevenir al Estado, si se diferia la eleccion: que su opinion era que la corona pertenecia al príncipe Cacamatzin; pues además de su prudencia y valor, era el primogénito de la princesa mexicana con quien se habia casado el rey. Todos los otros consejeros se adhirieron á aquel dictámen, que parecia tan justo y provenia de persona tan respetable. Los príncipes, que aguardaban en una sala inmediata la resolucion del consejo, recibieron la invitacion de entrar para tener noticia de su resultado. Cuando hubieron entrado, se dió el principal asiento á Cacamatzin, jóven de veinte años, y á sus lados se sentaron sus hermanos Coanacotzin, de veinte, é Ixtlilxochitl, de diez y nueve. Levantóse el anciano que habia tomado la palabra y declaró la decision del consejo, á la cual se habia sometido de antemano toda la nacion. Ixtlilxochitl, que era un jóven ambicioso y emprendedor, se opuso, diciendo, que si el rey hubiese muerto en verdad, hubiera nombrado sucesor: que el no haberlo hecho, era señal segura de estar aún en vida, y estando vivo el soberano, era un atentado en los súbditos el nombrar quien le sucediese. Los consejeros, conociendo la índole de aquel príncipe, no osaron por entónces contradecirlo, sino que rogaron á Coanacotzin dijese su parecer. Este alabó y confirmó la determinacion del consejo, manifestando los inconvenientes que se seguirian de diferir su ejecucion. Ixtlilxochitl se le opuso, tachándole de ligero y de inconsiderado, puesto que abrazando aquel partido, favorecia los designios de Moteuczoma, que era muy amigo de Cacamatzin y procuraba colocarlo en el trono, esperando tener en él un rey de cera, á quien podria amoldar á su arbitrio. "No es prudente, dijo Coanacotzin, hermano mio, oponerse á una resolucion tan sábia y tan justa. ¿No echais de ver que aun cuando no fuese rey Cacamatzin, la corona me perteneceria á mi y no á vos?" "Es cierto, respondió Ixtlilxochitl, que si no se considera otro derecho que la edad, la corona se debe á Cacamatzin y á vos por su falta; pero si se prefiere, como es justo, el valor, corresponde á mí solo." Los consejeros, viendo que se iba encendiendo cada vez más la cólera de los príncipes, les impusieron silencio y levantaron la sesion.

Los dos príncipes fueron entónces á su madre, la reina Xocotzin, para continuar en su presencia el debate: Cacamatzin, acompañado de muchos nobles, pasó inmediatamente á México, y dió cuenta á Moteuczoma de todo lo que habia pasado. Moteuczoma, que además del amor que le tenia, conocia la legitimidad de sus derechos, sancionados además por el consentimiento de la nacion, le aconsejó ántes de todo poner en salvo el real tesoro, y le prometió interponer su mediacion con el hermano, ó emplear las armas mexicanas en su favor, dado caso de que nada se consiguiera con las negociaciones.

Ixtlilxochitl, cuando supo la salida de Cacamatzin, y previó las consecuencias de su visita á Moteuczoma, dejó la corte con todos sus partidarios, y se fué á los Estados que sus ayos poseian en los montes de Meztitlan. Coanacotzin dió pronto aviso de esta novedad á Cacamatzin, á fin de que sin tardanza volviese á Texcoco y se aprovechase de tan oportuna ocasion para coronarse. Tomó Cacamatzin el saludable consejo de su hermano, y pasó á la capital, en compañía de Cuitlahuatzin, hermano de Moteuczoma, y de muchos nobles Mexicanos. Cuitlahuatzin, sin perder tiempo, convocó á la nobleza texcocana, en el Hueitecpan ó sea gran palacio de los reyes de Acolhuacan, y le presentó al príncipe electo, para que lo reconociese como á legítimo soberano. Aceptáronlo todos, y quedó señalado el dia para la solemnidad de la coronacion; mas

fué preciso suspenderla, por la noticia que llegó á la corte de que el príncipe Ixtlilxochitl bajaba de las sierras de Meztitlan á la cabeza de un ejército numeroso.

Este inquieto jóven, al llegar á Meztitlan, convocó á todos los señores de los pueblos de aquellas grandes montañas, y les hizo saber su designio de oponerse á su hermano Cacamatzin, pretextando su celo por el honor y por la libertad de las naciones Chichimeca y Acolhua: que era cosa indigna y peligrosa someterse á un rey tan flexible á la voluntad del de México: que los Mexicanos, olvidados de cuanto debían á los Acolhuas, querían aumentar sus inicuas usurpaciones con la del reino de Acolhuacan: que él por su parte estaba resuelto á emplear todo el valor que Dios le habia dado, en defender á su patria de la tiranía de Moteuczoma. Con estas razones, sugeridas probablemente por sus ayos, enardeció en tal manera los ánimos de aquellos señores, que todos ellos se ofrecieron á ayudarlo con sus fuerzas; y en efecto, tantas tropas alzaron, que cuando el príncipe bajó de los montes, su ejército llegaba, segun dicen, á más de cien mil hombres. En todos los sitios por donde pasaba era bien recibido, ya por medio de su poder, ya por inclinacion á favorecer sus designios. Desde Tepepolco mandó una embajada á los Otompanecas, previniéndoles que lo obedeciesen, como á su propio rey; mas ellos respondieron que por muerte de Nezahualpilli, no reconocian otro monarca que su hijo Cacamatzin, el cual habia sido aceptado pacíficamente por la corte y se hallaba en posesion del reino de Acolhuacan. Irritado el príncipe con esta respuesta, marchó contra aquella ciudad. Los Otompanecas le salieron al encuentro en orden de batalla; mas, aunque hicieron alguna resistencia, fueron vencidos, y la ciudad cayó en manos del vencedor. Entre los muertos se hallaba el mismo señor de Otompan, y esta circunstancia facilitó al príncipe su triunfo.

Este suceso puso en gran inquietud á Cacamatzin y á toda su corte. Fortificóse en la capital, temiendo que el enemigo quisiese atacarla; mas el príncipe, viéndose temido y respetado, no se movió por entónces de Otompan. Puso guardias en los caminos, con orden de no molestar á ninguno, de no impedir el paso á los particulares que saliesen de la capital á cualquiera otro punto, y aun de obsequiar á las personas de distincion que por allí transitasen. Cacamatzin, viendo las fuerzas y la resolucion de su hermano; conociendo que era ménos malo sacrificar una parte, aunque grande, del reino, que perderlo todo, envió una embajada á su enemigo, con el consentimiento de Coanacotzin, haciéndole proposiciones de convenio. Mandó á decirle que conservase, si queria, todos los dominios de los montes; que él se contentaba con la capital y con los Estados de la llanura: que tambien queria dividir con Coanacotzin las rentas de la corona, pero que le rogaba abandonase toda otra pretension y no continuase turbando la tranquilidad del reino. Los embajadores fueron dos personajes de la sangre real de Acolhuacan, á quienes Ixtlilxochitl miraba con gran respeto. Este les respondió que sus hermanos podrian hacer cuanto les agradase: que él deseaba que Cacamatzin quedase en posesion de Acolhuacan: que nada maquinaba contra él ni contra el Estado: que si mantenía aquel ejército, era con el designio de oponerse á los planes ambiciosos de los Mexicanos, los cuales habian acarreado muchos disgustos, é inspirado graves sospechas al rey su padre: que si entónces se dividía el reino, por el comun interes de la nacion, esperaba verlo reunido dentro de poco; y que sobre todo, se guardasen de caer en los lazos que le habia armado el astuto Moteuczoma. No se engañaba Ixtlilxochitl en esta desconfianza; pues, en efecto, aquel rey fué

quien puso al infeliz Cacamatzin en manos de los españoles, á pesar del amor que le profesaba, como despues veremos.

Despues de un convenio entre ambos hermanos, quedó Cacamatzin en pacífica posesion del reino de Acolhuacan; pero con gran disminucion en sus dominios, pues lo que habia cedido era una parte muy considerable de sus posesiones. Ixtlilxochitl mantuvo siempre sus huestes en movimiento, y muchas veces se dejó ver con ellas en las cercanías de México, desafiando á Moteuczoma á pelear cuerpo á cuerpo. Mas este monarca no se hallaba ya en estado de aceptar aquel desafio: el fuego de su primera juventud se habia apagado con los años, y las delicias domésticas habian debilitado notablemente sus bríos: ni hubiera sido prudente exponerse á aquel combate con un jóven tan resuelto, que con secretas negociaciones habia atraído á su faccion una gran parte de las provincias mexicanas. Sin embargo, muchas veces midieron los Mexicanos sus fuerzas con aquel ejército, quedando unas veces vencido y otras vencedor. En una de estas acciones quedó prisionero un pariente del rey de México, que habia salido á la campaña con la resolucion de coger á Ixtlilxochitl y conducirlo atado á México: así lo habia prometido á Moteuczoma. Supo el príncipe aquella arrogante promesa, y para vengarse lo mandó atar sobre un monton de cañas secas, y quemar vivo en presencia de todo su ejército.

En el curso de esta Historia haré ver cuánta parte tuvo aquel inquieto príncipe en la ventura de los españoles, los cuales empezaron á dejarse ver por aquel tiempo en las costas del golfo mexicano; pero ántes de emprender la relacion de una guerra que trastornó completamente aquellas regiones, conviene dar alguna idea de la religion, del gobierno, de las artes y de las costumbres de los Mexicanos.

